

La comunidad del poeta con Dios reside en que ambos están fuera de la masa. Son luz y habitan en las cimas. Y se enfrentan al mismo desafío moderno del desreconocimiento: al poeta se lo ha arrojado al territorio de la necesidad, por eso su cuerpo se ha escindido de su cabeza y deambula por el mundo, donde no la encontrará; a Dios se le niega su sitio, es decir, su imperio, en nombre del de la razón. Ambos pierden así su sentido en cuanto tales: Dios, al devenir otro objeto más del análisis racional; el poeta, en tanto es forzado a dejar de ser lo que es, y devenir un intelectual. Así, han dejado de estar indeterminados o, dicho de otra forma, ya no están determinados sólo por su propia subjetividad; han perdido su libertad de creadores (Dios es un artista y el artista es...). Les queda sólo una oportunidad, la de ser reconocidos por aquellos a los que el mundo moderno ha negado no su inefabilidad, sino su condición humana.

*Una visión de torres bajo un alba dorada.
Allí está Dios. Su mano paternal levantada
Sobre el abismo, enseña las proficuas cosechas.
En su mirada de oro vibran sublimes flechas.
Su seno es inefable. Su poder no fatiga
Ni un pétalo de rosa, ni una antena de hormiga.
Vosotros los siniestros que le llamáis tirano,
(...)
Vosotros los apóstoles de la razón deicida
(...)
Oh admirables rebeldes de la luz: si os espanta
Que Dios reine en sus cielos, que su grandeza impere
En todo lo que vive i en todo lo que muere
(...)
¡Dejadle, por lo menos, que sea un hombre libre!...*

Sólo le es dado tomar partido a aquel a quien la lucha no lo incluye. Esa exterioridad respecto de los contendientes y de lo que está en juego, es la que permite una elección libre, eso que los que están en liza desconocen. Dando testimonio de ese sitio cierra Lugones la introducción de su poema.

I decidí ponerme de parte de los astros.

Lo que constituye tanto una toma de partido por la masa cuanto una reafirmación de su voluntad de ocupar el lugar de aquellos que alumbran a las columnas de silencio en marcha.

Un socialismo apolítico

Para terminar con su identidad de asalariado en el futuro, el proletario afirma su identidad de trabajador en el presente, para lo cual elige involu-

crarse en la sociedad existente por la vía política. El orgullo de ser trabajador es un rechazo de los valores hegemónicos, de la irracionalidad, del lujo y de la comodidad *burguesas*¹⁵. Reconociéndose como proletario es como puede el trabajador llegar a dejar de serlo. Por su parte, el intelectual modernista quiere recuperar una identidad perdida, la de artista, y para dar señas de esa intención se aleja todo lo posible de la sociedad que se la niega al querer convertirlo en un productor de mercancías artísticas.

Llega así a un rechazo puramente negativo de la sociedad en la que vive. Alcanzado este punto, socialismo justista y modernismo no se compaginan. Ante este límite se encontrará Lugones, y lo resolverá convirtiendo el socialismo en un mero mecanismo de rechazo de la sociedad existente y, a su vez, concibiéndolo como lugar prometido donde recuperará esa su identidad perdida. Para Justo, repitiendo a Bernstein, el fin es nada y el movimiento, todo, lo que entre otras cosas da cuenta de una manera de entender la política en términos de larga lucha, caracterizada por la constancia y la paciencia histórica, nunca motivada por la ilusión de tener próxima la meta. Mientras, para Lugones el fin lo es todo, y el movimiento, nada, porque el movimiento implica andar por este mundo, recorrerlo en la certeza de que hay en él caminos que conducen a otro lugar. Lugones no concibe tal experiencia, porque el mundo existente es para él todo desarraigo, escisión entre espíritu y necesidad, pensamiento y cuerpo, interioridad y exterioridad.

De este modo, el ejemplo de Lugones es el del acercamiento al socialismo desde una mentalidad apolítica, que rechaza la lucha presente y futura por lo que ésta tiene de reconocimiento del mundo existente, aunque más no sea como único terreno en el cual la lucha puede tener lugar.

Pero ¿qué es lo que da lugar a esta conjunción de modernismo, socialismo y apoliticismo?

La incorporación plena de la Argentina al mundo capitalista en el último tercio del XIX, va a significar, para los intelectuales como Lugones, un cambio de situación social. Esa variación irá del reconocimiento a la exclusión, entendida ésta como la carencia de un lugar social desde el cual hacer valer el propio rasgo productivo para defender los propios intereses¹⁶. Para defenderse de la sociedad que no lo incluye ni reconoce, en lugar de establecer una alianza defensiva con los viejos poderes, Lugones huye hacia adelante.

Lugones se encontrará con el mismo problema que los románticos alemanes, su desarraigo en cuanto intelectual en el seno de la sociedad *bur-*

¹⁵ «(...) mientras una minoría de parásitos vive en el lujo y la holgazanería, los que trabajan están siempre en la inseguridad y en la escasez, y muy comúnmente en la miseria (...) estas condiciones [capitalistas] están agravadas por la ineptitud y rapacidad de la clase rica, y por la ignorancia del pueblo» (DPPS).

¹⁶ Mannheim: Op. cit., 136.

guesa, pero deberá resolverlo en condiciones distintas. Su posición social en tanto artista es similar a la de aquéllos, pero el modo de resolver el problema que ésta plantea será diferente.

Las diferencias radican en la particular conformación de la sociedad argentina, donde el poder *burgués* significa en verdad la primera hegemonía que se consolida: los poderes viejos son derrotados por el proyecto político de la generación del Ochenta, que es el que salda la cuestión de la organización nacional. El proyecto del Ochenta es el primero que se despliega en todo el territorio, y somete a los poderes antiguos, meramente locales. Con él nace el Estado-Nación. Esto significa que no hay antiguo régimen alguno que reivindicar; lo precedente, la resistencia del interior contra la capital, no entra en el mundo de los valores de clase de Lugones. Así, la única oposición posible a la hegemonía *burguesa* es la del socialismo.

El socialismo es para Lugones una oportunidad de franquear el presente saltando de lo pasado a lo futuro, sitio imaginario donde el artista se reencontrará con el reconocimiento que esa sociedad pasada le aseguraba. Para esta operación intelectual Lugones cuenta con ciertos elementos que constituyen la base ideológica del socialismo argentino. Uno de ellos es el positivismo, que permite pensar el socialismo como una suerte de república de los intelectuales o de los sabios. Otro, la base biológica darwinista con la que el socialismo de la Segunda Internacional se llegó a representar la lucha de clases. De allí tomará Lugones la noción de selección de los más aptos.

Así como el socialismo justista proporciona a Lugones elementos ideológicos que dan cabida a la cuestión intelectual, le presentará frenos a su tendencia antiburguesa. En efecto, el socialismo con que se encuentra Lugones no implica una oposición raigal a la sociedad *burguesa*, sino que piensa su transformación involucrándose históricamente en ella. En este sentido, su gradualismo tiene un costado fuertemente político. Mientras, en Lugones va a predominar crecientemente el revolucionarismo.

Pero así como la oposición de Lugones al gradualismo justista es un modo de atacar el sentido político del socialismo argentino, su revolucionarismo es una forma de afirmar un deseo de no someterse a la política, pues no acepta ese momento de involucramiento en la sociedad existente que implica la lucha política.

A diferencia de los románticos alemanes, la oposición de Lugones a lo *burgués* no será la oposición a lo racional, sino, por el contrario, una confrontación hecha en nombre de la razón, pues el socialismo se apropia de la racionalidad científica para desde allí criticar la irracionalidad del capitalismo¹⁷. Del mismo modo, esa oposición no significará por el

¹⁷ «(...) no sólo la existencia material de la clase trabajadora exige que ella entre en acción, sino también los altos principios de derecho y justicia, incompatibles con el actual orden de cosas (...)» (DPPS).

momento –como sí había sucedido con la de los románticos alemanes– un rechazo raigal del liberalismo ni un compromiso con lo tradicional; se sustentará antes bien en un antimaterialismo entendido como impugnación del mercado en tanto parámetro objetivo e impersonal de todas las producciones sociales, sobremanera la artística, que para Lugones es el paradigma de lo espiritual. Lugones busca la restitución de una posición social históricamente perdida, pero no de todo el mundo que la contenía y la hacía posible.

Modernismo y socialismo se desencuentran en cuanto a esta cuestión del sitio que le cabe al mundo existente en el proceso de su propia transformación. Lugones es el testimonio de ese desencuentro. Su operación intelectual de intentar ligar ambos relatos se hace, entonces, apolitizando el socialismo, al convertirlo en un acto de rechazo puramente negativo de la sociedad existente. El socialismo representa para Lugones un enarbolar valores opuestos a los hegemónicos, el aviso de una impugnación moral y, así, la expulsión del mundo existente del proceso de su propia transformación.

El socialismo de Lugones es al fin una prolongación de su identidad modernista, porque es artístico/estético y no político, en tanto permanece centrado en la problemática del artista. Su socialismo es al fin un modo más de seguir siendo modernista. La figura del proletario cumplirá en su discurso el papel de señal de la catadura moral del mundo existente, pero la causa profunda de la necesidad de abolir tal orden es la posición que en él ocupa el artista.

Si el intento originario de Lugones era subordinar la cuestión del artista a la cuestión del proletario, y así plantear el modernismo como continuación del socialismo, el resultado será el inverso: privilegiará finalmente lo intelectual a lo obrero y lo modernista a lo socialista.

El socialismo, retrospectivamente, será no más que otra estación en ese trayecto lugoniano en busca del lugar del artista, aunque –eso sí– la primera, la de partida.

Javier Franzé